

El papel de la literatura en la educación y su función en la integración de los saberes

■ THE ROL OF LITERATURE IN EDUCATION AND ITS FUNCTION IN INTEGRATING KNOWLEDGE

■ O PAPEL DA LITERATURA NA EDUCAÇÃO E A SUA FUNÇÃO NA INTEGRAÇÃO DOS CONHECIMENTOS

Jorge Iván Parra* / parrapower2001@yahoo.com

Resumen

A partir de la pregunta ¿para qué sirve la literatura?, el autor hace un rápido recorrido antropológico, filosófico y literario que permite descubrir la importancia de la literatura en la escuela como camino para adentrarse en la formación pedagógica y humanística de los estudiantes, a través del cultivo de la imaginación creadora y del conocimiento del idioma.

Palabras clave

Antropología, filosofía, creación literaria, conocimiento del idioma español.

Summary

From the question: ¿what's the use of literature?, the author does a fast anthropological, philosophical, and literary travel which allows for discovering the importance of literature in school as a way to go into students' pedagogic and humanistic development, through sparking imagination and improving language knowledge.

Key words

Anthropology, philosophy, literary creativity, Spanish language knowledge.

Resumo

Partindo da interrogante para que é útil a literatura, autor faz um breve recorrido antropológico, filosófico e literário que revela a importância desta matéria na formação pedagógica e humanística dos estudantes na escola, pois permite o cultivo da imaginação criadora e o conhecimento da língua.

Palavras chave

Antropologia, filosofia, criação literária, conhecimento da língua espanhola.

* Profesor del Gimnasio Moderno, Bogotá.

Fecha de recepción: 15 de agosto de 2007 / Fecha de aprobación: 6 de noviembre de 2007

Siempre que me han preguntado con buena o mala intención, o con ingenuidad, o con verdadero afán de obtener una respuesta o quizá hasta con angustia, para qué sirve la literatura, he preferido responder que a lo mejor para nada, pero que sin ella no valdría la pena vivir. Desde luego es una respuesta egoísta y no exenta de sarcasmo, porque con ella sigo tranquilo mientras sé que mi interlocutor seguirá o caerá en la incertidumbre. Me propongo dar hoy otro tipo de respuesta, no necesariamente mejor que aquella, pero sí con la sustentación pedagógica-filosófica que las circunstancias exigen.

Fundamentación antropológica y filosófica

La inteligencia humana siente la realidad. No es una inteligencia que comienza por concebir y juzgar lo sentido. La filosofía ha contrapuesto sentir a inteligir fijándose solamente en el contenido de ciertos actos. Pero ha resbalado sobre la formalidad. Y aquí es donde inteligir y sentir no solo no se oponen sino que, pese a su esencial irreductibilidad, constituyen una sola estructura, una misma estructura que según por donde se mire debe llamarse inteligencia sentiente o sentir intelectual. Gracias a ello, el hombre queda inadmisiblemente retenido en y por la realidad: queda en ella sabiendo de ella. Sabiendo ¿qué? Algo, muy poco, de lo que es real. Pero, sin embargo, retenido constitutivamente en la realidad. ¿Cómo? Es el gran problema humano: Saber estar en la realidad.

Xavier Zubiri (1983)

Leyendo a Max Scheler, entendemos que la dimensión propia del hombre es la del espíritu. A diferencia del animal que vive en la naturaleza, el hombre ha dado el gran salto fuera de ella, hacia el mundo. Dentro de la dimensión del espíritu, el hombre no es un nexo viviente sino un viviente portador de espíritu. Es lo que Santo Tomás define como “una substancia individual de naturaleza racional”, es decir, una “persona humana”. Es así como la persona humana es a su vez sujeto y objeto en el estudio de las humanidades y, dentro de ellas, el lenguaje (ya sea en general o particularizado, por ejemplo, en la lengua castellana) y la literatura. Sin aquel, sería imposible la convivencia de los hombres y sería imposible también la finalidad de esa convivencia que para Santo Tomás no es otra cosa que el bien común. Sin aquella, poco conoceríamos de la cultura de los pueblos y pobre sería la cultura de los pueblos. El hombre estaría, así, muy a medio camino de una

verdadera humanización pues la cultura es el proceso en el que el hombre se hace hombre (confiriéndole su verdadero estatuto ontológico), es su morada y su “autodivinización”.

Siguiendo a Zubiri, entendemos que lo exclusivamente humano es su forma de “aprehensión”, pues si bien el animal también posee un sentido que le dice lo que “hay”, solo el hombre posee un pensado que le dice lo que “es”. La “aprehensión primordial” nos da la realidad de la cosa. “El logos” nos dice lo que la cosa es en realidad y la razón nos dice lo que la cosa es en la realidad. En otras palabras, la intelección (momento noético de la aprehensión, es decir, momento en que el sujeto tiene una impresión de la realidad) conlleva tres formas de inteligencia: una inteligencia “sentiente” que no es otra cosa que un “darse cuenta” de la realidad; una inteligencia “del logos” que me dice lo que esa realidad es y una inteligencia de la “razón” que me permite ubicar la realidad dada respecto al mundo. Ya Ortega y Gasset había advertido que el hombre es el único ser capaz de ponerles nombres a las cosas. Ahora bien, esa realidad inteligida puede ser realidad verdadera o ser realidad postulada. Tanto la una como la otra son el espacio y la materia del lenguaje mientras que la segunda es el espacio propio de la literatura. Para la primera, el hombre construye conceptos y para la segunda construye preceptos o fictos. Sobre las dos realidades el hombre elabora juicios, dado que “los juicios son siempre juicios de realidad”. Por otra parte, en el hombre no hay intelección sin sentir, ni sentir sin intelección. Zubiri demostró que la aprehensión humana no es ni sensible ni intelectual sino algo distinto que asume siempre estos dos factores. Tengo la sospecha de que la literatura es el hecho en que, más que en ningún otro, se dan las dos categorías, porque requiere ese sincretismo entre lo sensible y lo intelectual. Poetas como Poe, Lezama Lima y Paz han manifestado la casi certeza de que en el hecho poético colaboran tanto la razón como la imaginación; tanto lo sentido como lo pensado.

Dimensión educativa

Quiero mencionar una escuela que enseñe temas de importancia o peso emocional. ¿Para qué sirven la literatura, la poesía y el teatro? Con frecuencia se habla de cómo mejorar la educación en los Estados Unidos y ¿qué se dice?: oigo la palabra matemáticas, la palabra ciencia, y también algo sobre alfabetización y de cómo aprender a escribir una carta comercial correc-

tamente. Y así creen algunos que se mejoraría la productividad industrial estadounidense. Sin embargo las personas también viven sus vidas de forma interiorizada, y quiero defender la idea de que es mucho más pobre vivir en nuestro mundo moderno si no has leído a James Joyce o la poesía de Octavio Paz o las novelas de Carlos Fuentes. No es fácil leer la gran literatura, los grandes dramas, la poesía y la historia de un modo autónomo, sin alguna ayuda. No es fácil hacerlo solo, sin la oportunidad de discutir sobre ello y sin una instrucción específica. Hay que recordar que la musa de la historia, Clío, es también la musa de la poesía. Los griegos consideraban que la poesía y la historia estaban estrechamente relacionadas. Creo que debería haber un mayor énfasis en la enseñanza de las humanidades, pero no desde el punto de vista memorístico (...) quisiera que las escuelas se plantearan muy seriamente cómo podrían impartir en sus aulas el estudio clásico de las humanidades, la historia, la literatura, la poesía o el teatro.

Jerome S. Bruner (1996)

Nada más pedagógico que educar en, desde y para la literatura. Si la educación es un transmitir acervos de generación en generación para que el hombre pueda vivir en la realidad aprehendiéndola y entendiéndola, la literatura es un medio insuperable para tal fin. Ella es como la definió Cansinos Sáenz: *“La Conciencia de los Pueblos”*: es, cuando se hace libro, la memoria del mundo, de tal manera que allí están expuestas mediante el arte de la palabra la visión de mundo de los hombres, de las sociedades y de las épocas. Educar en la literatura ofrece a los individuos la posibilidad de acercarse a los grandes temas que determinan y justifican al ser humano, tales como el bien y el mal; eros y tánatos; el humor y el juego; el juicio y la locura, y en síntesis: la vida y la muerte.

Según Kundera, la novela moderna da respuesta a cuatro llamadas o desafíos: el tiempo, el recreo, el pensamiento y el sueño. Tiene aquella la función primordial de recuperar al “ser” del olvido en que lo han dejado ciencias y filosofías. Nada más pertinente para la educación que la literatura pues es el espacio que transporta y posibilita todos los discursos y todos los conocimientos: religiosos, políticos, morales, históricos, sociológicos, estéticos, filosóficos, etcétera.

A través de la creación literaria nace el “homo ludens” y en ella se formula una pedagogía de la imaginación, pues se originó, según Nabokov, cuando un niño casi primitivo entró alarmado y alarmando a su aldea porque detrás de él venía el lobo (y no había ningún lobo). Educar en la literatura nos permite indagarnos. La sola

historia de la novela como género no ha sido más que una continua exploración del yo y una incesante búsqueda de respuestas. Nada más pedagógico que educar para la literatura pues en su género de la Modernidad por excelencia, es decir, la novela, se nos dio a conocer o se desarrolló la lucha de clases antes de Marx, la fenomenología antes de los fenomenólogos y el inconsciente antes de Freud. Basten para ilustrar esta idea solo tres ejemplos monumentales, las obras de Cervantes, de Shakespeare y de Dostoievski.

Es la literatura el espacio en que autor y lector estudiamos la forma como se nos puede presentar la realidad. Sin ser su corolario el discurso argumentativo ni el saber en el sentido aristotélico de demostrar, sí nos expone de alguna manera conceptos (en sentido zubiriano, el concepto es un “es”) y, ante todo, preceptos (para Zubiri, un “sería”); en otras palabras, la literatura eventualmente nos muestra no tanto la “talidad” del mundo (el mundo tal como es) sino cómo sería si no fuera como es. Por ello Javier Marías nos dice, en su epílogo de la novela *Mañana en la batalla piensa en mí*, que el hombre escribe y lee novelas porque necesita conocer lo posible además de lo cierto, las conjeturas y las hipótesis y los fracasos además de los hechos, lo descartado y lo que pudo ser además de lo que fue; que quizá estamos hechos en igual medida de lo que fue y de lo que pudo ser; y que lo que no fue aún puede ser. Y que *“en ocasiones comprendemos mejor el mundo o a nosotros mismos a través de esas figuras fantasmales que recorren las novelas o de esas reflexiones hechas por una voz que parece no pertenecer del todo al autor ni al narrador, es decir, no del todo a nadie”*.

La dimensión educativa del discurso literario está dada por lo que Oscar Wilde, recordando a Platón, señaló como el único fin admisible en educación, a saber: el desarrollo del espíritu crítico, el amor por la belleza y el cultivo del buen gusto. Esto es posible educando en, desde y para la literatura.

Ahora bien, pensamos con Roland Barthes que si por alguna especie de fascismo o absolutismo o cualquier tipo de aberración (de esas que a veces se imponen como moda en pedagogía) todas las asignaturas debieran salir de la Educación, menos una, la que debe quedar es la literatura pues ella hace girar todos los saberes sin fijar ni fetichizar a ninguno. No es que la literatura sepa todo, pero sí sabe de todo, por ejemplo en una novela como *Robinson Crusoe* encontramos todo un conjunto de

saberes: botánico, geográfico, histórico, antropológico, astronómico, etc.

Una novela de Carlos Fuentes nos da un saber urbano, sociológico, artístico (de pintura mural), mitológico, religioso, político, sin ser todo ello exclusivo de la narrativa de mi escritor vivo preferido de la lengua española, sino patrimonio de, o caro a la especificidad del género novelesco en general. Es cierto que es difícil que el saber literario (como cualquier saber artístico) se pueda instrumentalizar o pueda darse a fines prácticos como ocurre por ejemplo con el saber científico, pero, con todo y eso, sí es existencialmente más necesario, en ello radica su poder, su encanto, su seducción. Si no fuera por la literatura, ¿qué sabríamos de las múltiples formas del amor y de la muerte, de sus avatares e intrínquilis? ¿Cómo conjuraríamos el miedo o la atracción hacia ambos? ¿Qué tanto sabríamos acerca del heroísmo, de la fatalidad, del tiempo, del destino, de los sueños propios y ajenos; de nuestras pasiones y ritos; de nuestras sociedades; de la forma como respiran y ven el mundo los pueblos y de sus mecanismos de supervivencia a través de la Historia? ¿Qué sabríamos, sin la literatura, acerca de la conciencia individual y colectiva, de las luchas de clases y de los vericuetos del poder? Y dado el poder predictivo, anticipatorio de la literatura, ¿qué sabríamos o sentiríamos de lo que le espera al ser humano en el tiempo histórico?

Lo que el filósofo intenta dilucidar por separado en el espacio abstracto y no pocas veces árido de su sola teorización, el escritor artista lo hace simultáneamente en el siempre e inevitablemente lúdico espacio novelesco, en situaciones concretas que son todo un sucedáneo de la vida real. Asimismo el poeta propone un viaje interior para explorar el alma humana y entregarnos lo que Zubiri llama "talidad" del ser, y eso no es todo: la literatura integra los saberes no solo desde la creación sino también en su recepción, ya que dentro de las distintas formas de dilucidar o interpretar el hecho literario el lector se apoya en diversos campos de conocimiento. Dicho de otra manera, no son pocas las disciplinas que disponen de su lenguaje y de su acervo para tratar la literatura, y ejemplo de ello son la sicolingüística, la sociología, la sociocrítica, la filosofía y la estética; la semiótica, la textolingüística, la hermenéutica; la historia del arte, el psicoanálisis, y modernamente la teoría del conocimiento y los estudios culturales. Pero quizá el saber más inherente a la literatura (de ahí su etimología) es el saber lingüístico. Es ella la responsable de que una

lengua se mantenga viva, se renueve, se enriquezca y no se anquilese y, por ahí derecho, la responsable de que el pensamiento sea posible, por ello los grandes pensadores y los grandes filósofos nunca la han ignorado (y aquí cito y me apoyo en mi escritor latinoamericano de cabecera):

La educación general de México sigue siendo un reflejo de cierto positivismo añejo que cree en una pedagogía para la rápida formación de gentes: máquinas que van a producir, a meterse en una casilla y a dedicarse a una especialización; se niegan los instrumentos para una vida más plena y para una cultura humana.

El pragmatismo educativo siempre es contraproducente: un especialista, un técnico ignorante produce menos y produce mal, porque piensa menos y piensa mal. Mi maestro Manuel Pedrozo siempre decía: "Alemania produce excelentes jabones porque Kant escribió la Crítica de la razón pura". A mí me parece escandalosa la mala enseñanza de la literatura en México, el hecho de que profesionistas titulados no sepan escribir su propio idioma, no sepan redactar ni una carta. La cultura literaria es indispensable en cualquier profesión. Si la gente no sabe expresarse en su idioma, no sabrá pensar en su idioma y en consecuencia no podrá ser ni un buen profesionista, ni un buen ciudadano. Un idioma te enseña a asumir responsabilidades, te enseña a rebelarte, te enseña a escoger, y si no se enseña esto desde la primaria, y se enseña muy bien, pues nuestro país seguirá teniendo una sociedad un tanto desintegrada, ¿verdad? De gente a medio cocinar, de iletrados a medias. Es muy indispensable que haya una reforma a fondo y una reforma que no tenga miedo a enfrentar exigencias profundas de la cultura, como lo son el buen conocimiento de la literatura, de la lengua propia, y de la capacidad creativa de esa lengua.

En Francia y en Inglaterra es muy espectacular la manera como se subraya la necesidad de conocer bien el idioma. Los chicos franceses de once, doce años han leído a todos sus clásicos, te citan a Racine, a Molière, a Corneille, a Descartes y a Pascal y conocen su lengua: te desafío a que me encuentres un francés que ha pasado por la escuela que no sepa escribir bien su lengua (...) yo creo que si se enseñara bien la literatura en México, podría ser

más bella, más humana y más citable, porque sus habitantes darían y exigirían más. Nuestra ciudad es un reflejo de la inconsistencia y mediocridad de la educación que se imparte en nuestro país. Las dos cosas están muy ligadas. (Carlos Fuentes en entrevista a James Forston en 1973).

En el mismo orden de ideas, debemos pensar que ciertamente el papel de la literatura en la Educación es superlativo, pues ¿cómo, si no valiéndonos de ella, le hacemos contrapeso a la cristalización (por no decir corrupción) de la lengua ocasionada por gran parte del lenguaje televisivo, radiofónico y periodístico de hoy? Compartimos con Italo Calvino su impresión de que el lenguaje es usado cada vez más de manera aproximativa, casual, negligente; la impresión de que una epidemia pestilencial azota a la humanidad en la facultad que más la caracteriza: la del comercio de la palabra, como diría Borges en “El Inmortal”; la impresión de que los orígenes de esa epidemia podrían estar en la política, en la ideología, en la uniformidad burocrática, en la homogenización de los *mass media*, en la difusión escolar de la cultura media (Carlos Fuentes habla de domesticación cultural como de reflejo condicionado); la impresión de que quizá solo la literatura puede crear anticuerpos que contrarresten la expansión de la “peste del lenguaje”, peste que afecta también tanto las imágenes como la imaginación misma, que es junto con la esperanza el único consuelo de las decepciones y los dolores de la experiencia. Nos preguntamos igual que Calvino: ¿Cómo, si no por medio de una pedagogía de la imaginación propuesta desde la literatura, podremos hacer frente a la andanada de imágenes prefabricadas, baratas, repetitivas, corrosivas y corroídas de la cultura visual, desmesuradamente tecnologizada de hoy?

Ni qué decir del poder catártico, terapéutico de la literatura (como de bálsamo restañante). Umberto Eco dijo que escribió *El nombre de la rosa* porque siempre tuvo ganas de matar un monje. Fuentes escribe para liberarse de todos sus fantasmas. Dostoievski prefirió crear a Raskolnikov que convertirse él mismo en criminal o someterse a un absurdo diván siquiátrico; Stevenson quiso hallar de niño un tesoro y escribió una novela para encontrarlo y en otra pudo identificar a su oscuro doble; Oscar Wilde afrontó la tortura carcelaria escribiendo “La balada” y *De profundis*. Poe atenuó su horror y su delirium trémens gracias a sus cuentos; Borges con su poesía convirtió la ceguera en un don, y Pessoa sobrevivió a la tragedia de ser Pessoa creando heterónimos.

Este prodigio de la escritura se da también en la lectura. Leer o escribir literatura produce los mismos efectos, ya nos había advertido el poeta John Donne: “*Penas en rimas no pueden tan agudas ser, pues ya las vence quien las aprisiona en versos*”.

Por último, intentaré sustentar qué autores o qué obras pueden ser fundamentales tanto en el desarrollo de una cultura literaria como en la educación y en la vida misma de lectores jóvenes:

Con *Alicia en el país de las maravillas* y *El señor de los anillos* (y obviamente toda la fantasía de Tolkien) el niño recobra la primera gran experiencia estética y acaso la más auténtica e inalienable del ser humano: el sueño.

Con Poe y Conan Doyle nos asomamos a la ventana del misterio y lo inquietante, y el joven tiene la posibilidad de convertirse en el *homo* semiológico que sigue indicios en un proceso que lo conduce al ejercicio de la abducción.

Con Michael Ende el estudiante encuentra el perfil del lector ideal que, más que lector de una historia, es el protagonista de la historia.

En *La máquina del tiempo* tenemos acceso a la única hipótesis hasta ahora conocida y por tanto la única válida de cómo será el mundo en un futuro muy remoto. Aparte de eso se puede lograr cierta integración de saberes, ya que aspectos científicos como la teoría de la relatividad, la ley de la gravedad, y las dimensiones, giran en la trama de la novela de Wells.

Jack London nos muestra los avatares de la fiebre del oro en Alaska desde un punto de vista imposible fuera de la literatura: el del perro esquimal que registra como una cámara este capítulo de la historia de Norteamérica.

Las sagas medievales de De la Sale y Chretien de Troyes nos entregan un saber militar y estratégico. Álvaro Mutis nos permite conocer cómo es una cárcel y nadie que haya estado en una puede negar que es como la del espacio ficticio de *Diario de Lecumberri*, porque la literatura no solo es conocimiento (única moral de la novela, según Hermann Broch) sino también reconocimiento.

El genio de Shakespeare pone en escena todas las pasiones humanas. Ficticios o reales, sus dramas son de los mayores de la humanidad. La escisión realidad/ficción no nos interesa porque el ser humano es como aparece allí y porque además, como el mismo Shakes-

peare decía: “estamos hechos de la misma materia de nuestros sueños”.

El cuento realista de Carrasquilla, de Quiroga, de García Márquez, de Rulfo y de Monterroso nos proporciona el saber de costumbres, dialectos, creencias y sentimientos de la vida rural.

El señor de las moscas proporciona una identificación directa e inevitable con experiencias de la infancia y de la juventud (la literatura como reconocimiento). Los relatos de Muñoz Molina, de Javier Marías, de Juan José Millás, de Kundera y de Calvino son una crónica urbana que permite al joven lector reconocer situaciones en las que todos alguna vez se han visto envueltos, porque la novela es el mundo fenomenológico por excelencia; es espacio en que lector y escritor observan cómo se nos puede presentar la realidad.

Carmen nos da el espíritu de lo gitano. Flaubert, Dostoyevski, Wilde y Stevenson nos dicen cómo fue el siglo XIX. Umberto Eco nos dice: la edad media fue algo como esto, así se pensaba, así se hablaba.

Los años con Laura Díaz nos da la turbulenta y fascinante historia del siglo XX mexicano. Nos habla de los murales de Diego Rivera y de la pintura patética de Frida Kahlo; nos habla de lo que dejó la revolución y de lo que, en vez de haber terminado en la construcción de un nuevo orden social, terminó siendo un caos colectivo y urbanístico que ahondó la crisis de la identidad mexicana.

La visita en el tiempo es eso, una visita al siglo turbulento y definitivo para el futuro de España. Poca falta nos hace consultar la Historia para saber lo que ocurrió en Lepanto y para saber que Juan de Austria es un fantasma de esa época que encarna al tiempo a Hamlet, a don Juan y a Segismundo.

La tragedia de Belinda Elsner es una propuesta artística de cómo representar los desórdenes y patologías de una urbe como Bogotá, mediante un evidente recurso a teorías siquiátricas y criminalísticas.

Buenos Aires está metido en las páginas de *El túnel* y de los cuentos de Cortázar (un paseo por Caminito, el pasaje Lavalle o el barrio de la Boca son suficientes para comprobarlo).

Borges en cada cuento nos muestra un modelo del universo o un atributo de este. Su Antología, hecha en compañía de Bioy Casares y Silvina Ocampo, libro de cabecera para cualquier lector, contiene la cosmovisión de todas las culturas y latitudes, y en muchos de sus relatos se advierte lo que Borges señaló: “*La Metafísica es una rama de la Literatura fantástica*”.

De *El Quijote*, ni hablar. Es el libro imprescindible para todo ser humano. Con él en parte nace la Modernidad. Ficción o no, desde su primer capítulo la relación entre las palabras y las cosas comienza a ser sospechosa. “*Quien no tenga algo de don Quijote no merece ni el cariño ni el aprecio de sus semejantes*”: Juan Montalvo.

¿Y qué decir de *Edipo Rey*? ¿Hay acaso una tragedia de más trascendencia y universalidad? García Márquez nos da la respuesta en su guión de “Edipo alcalde”.

En general, la necesidad o conveniencia de leer ficciones se sustenta en la idea de que la literatura, como ya se ha señalado, no lo sabe todo pero sabe de todo. La novela, el drama y la tragedia son una continua exploración del yo y así lo entendió Freud. Son el conocimiento y el estudio del ser. A través de un ego experimental conocemos el inconsciente por medio de técnicas como la del monólogo interior.

La poesía es el saber primigenio de todos los pueblos y acaso el único posible en muchas culturas. La leyenda es el testimonio de la memoria de los pueblos. Géneros como la picaresca nos dejan conocer la estructura social de un lugar y una época.

Los lectores de obras literarias descubren que el único saber posible no es el que se nos da a través de la ciencia, y que la realidad no termina en el precio de los huevos y el aguacero del día.

Es pues una obligación moral y un acto de sensatez pedagógica diseñar, ofrecer y desarrollar un plan de lecturas literarias que, para el caso de un proyecto de formación humanística, sea complemento de un plan de lecturas de filosofía e historia.

¿Para qué sirve la literatura, profesor? A lo mejor para nada, querido discípulo, pero sin ella no vale la pena vivir. 

Referencias

- Bruner. (1996). *Cuadernos de pedagogía*. Edición española.
- Cruz Vélez, D. (1986). *De Hegel a Marcuse*. Bogotá: Ediciones USTA.
- Fuentes, C. (1973). *Entrevista a James Forston*. Fondo de Cultura.
- Kundera, M. (1990). *El arte de la novela*. Tusquets.
- Vargas Llosa, M. (1995). *La verdad de las mentiras*. Seix Barral.
- Zubiri, X. (1986). *Voluntad de verdad*. En: García, D. *Para leer a Zubiri*. Editorial Labor.

Diálogo del conocimiento

–“¿Quién te ha cambiado tanto?” –pregunta el enamorado.
–“¡Balzac!”, responde ella y se abraza a sí misma, inclinando la mirada-. Este diálogo, tomado de *Balzac y la pequeña costurera*, una película de Dai Sijie, nos resume la invitación que hace el maestro Jorge Iván Parra en su reflexión acerca del papel de la literatura en la educación.

La argumentación antropológica y filosófica que nos plantea conduce a reconocer la literatura como una experiencia estética por excelencia; perspectiva en la que encontramos el placer que se vivencia con el hecho de leer, la identificación consciente e inconsciente que vamos estableciendo con los personajes o las situaciones, y la transformación que se genera en nuestro interior cuando entramos en contacto íntimo con ciertos libros. Entonces, desde la óptica de Jauss, sucede que el libro leído se hace obra porque irrumpe en las profundidades de nuestra propia vida. Así, ninguna evaluación que se realice para comprobar los niveles de lectura de nuestros estudiantes dará cuenta de los volcanes que estallan o las aguas que se apaciguan en nuestro interior después que una lectura haya penetrado en ese mundo espiritual, emocional, vital.

Nosotros, los docentes, que nos afanamos por la pronta respuesta literal, inferencial o intertextual, podemos encontrar, en esta sugerente invitación a la literatura, un instrumento que conjuga la indagación por lo sensible y lo intelectual, la razón y la imaginación, lo sentido como lo pensado. Dice Pedro Salinas –para tranquilidad de muchos–: “*En el leer se pone la capacidad espiritual entera del lector, usándola a toda presión, lo natural es que la lectura avance llevada a la vez por la triple fuerza de la percepción de lo estructural, de la interpretación y de la crítica, simultáneamente, como corresponde a la unidad de la vida mental*”.

Si, como se dijo al comienzo, no se sabrá cuántas veces un libro puede cambiar la vida de alguien y reconocer que semejante prodigio puede desencadenarse en un salón de clase, es una vivencia de extraordinaria importancia para la historia personal de quienes pudieron acceder, rendirse poco a poco ante sus páginas. Como dice Calvino, algunos libros constituyen una riqueza para quien los ha leído y amado, pero constituyen una riqueza no menor para quien se reserva la suerte de leerlos por primera vez en las mejores condiciones para saborearlos y leerlos, no por respeto, sino por amor. Encontrar el clásico personal... aquel que no puede serte indiferente y que te sirve para definirte a ti mismo en relación y quizás en contraste con él.

Gloria Stella Ramos Castillo